

5 de abril

Un disparo sonó esa mañana consumiendo todos los demás sonidos.

Una cabellera rubia se depositaba en el suelo y con ella un crimen sin ser resuelto del todo.

Unos ojos azules se cerraban para no volver a ser abiertos nunca más y con ella una sonrisa que desgraciadamente, siendo la más hermosa, fue la que más pronto se tuvo que apagar.

Jeringuillas se esparcían por la pequeña habitación, y con ellas una caja de balas que de todas ellas, una sería la afortunada de matar a la persona que tanto tiempo buscó la muerte y por fin la encontró. Vino de la mano de una persona a la que sus demonios la consumieron como él consumía esa cajetilla de cigarros. Una persona que no debió haber muerto ese 5 de abril.

Y el día decidiendo terminar, mirando cómo una madre desconsolada con una pequeña en brazos lloraba la pérdida de su amado.

Todavía recuerdo ver esa cabellera rubia, esos ojos azules despidiendo a su hija y a su mujer mientras esperaba para llevarlo a un sitio mejor.

Recuerdo los tristes y desgarrados sollozos del sol, porque el mundo no solo había perdido un gran artista, sino a una gran persona.

Y agarrados de la mano, el chico de cabellos como el oro y yo, oyendo los llantos de miles de personas; agarrados de la mano le llevé a un lugar mejor.

He presenciado tantas muertes y tantas almas he llevado al más allá...

Pero desde mi frío corazón debo admitir que llevar el alma del joven rubio me entristeció.